

## LA IDENTIDAD DEL ARTE A FINALES DEL MILENIO: CRÍTICA RADICAL DESDE EL PURISMO ESTÉTICO AL ARTE CONTEMPORÁNEO

Agustí Guisasola Prados. Barcelona

El arte contemporáneo se agota en sí mismo puesto que, entre otros factores, no tiene continuidad intrínseca ni extrínseca: los movimientos fauvista, cubista, dadaísta, abstracto (lírico, geométrico, rayonismo...) etc, ya no existen, y en su momento tampoco duraron mucho. No ocurrió así con otros de siglos anteriores: realismo, tenebrismo, manierismo y en general, casi todos, en los cuales se observa una evolución y un encadenamiento de estilos.

La creatividad entendida como originalidad con fundamento (interesante forma y contenido profundo) ya dejó de existir hace tiempo dándose un fenómeno que podríamos llamar «la originalidad por la originalidad». A *Pala para la nieve* de Marcel Duchamp por más que se le intente dar un valor artístico, no deja de ser una pala normal y corriente. *Cabeza de toro* de Pablo R. Picasso es un sillín de bicicleta pegado al manillar de la misma, una invención no demasiado brillante teniendo en cuenta que combinaciones de este tipo son llevadas a cabo por la mayoría de niños en sus actos lúdicos de destrucción y construcción creativa de objetos. *Cuadrado rojo y cuadrado negro* de Kasimir Malevich es sin más lo que su título indica. Los cuadros abstractos de Jackson Pollock tan aplaudidos en su momento, fueron duramente criticados al enterarse –primero la crítica y luego sus compradores– que en realidad no los había pintado Pollock sino un chimpancé; el artista tan sólo proporcionó los materiales al simio para que éste pintara, o mejor dicho manchara, las telas. En música también se ha llegado a cotas tan radicales, si cabe, como en las artes plásticas: fue muy celebrado en 1952 el concierto de John Cage, *Silencio 4:33* en el cual el músico se sentaba frente al piano durante toda la «interpretación» (cuatro minutos treinta y tres segundos) sin tocar una sola nota. Otro ejemplo es el del músico Carlos Santos. Mientras él tocaba el piano, una «actriz» se subía a éste y se orinaba encima de las cuerdas del instrumento; en otro acto ella comía un bocadillo haciendo el máximo ruido posible con la boca y finalmente él le practicaba el sexo oral por debajo de la falda (o al menos eso era lo que pretendía hacer creer al público asistente), con los consiguientes gemidos también exagerados por parte de la actriz. El objetivo del singular concierto, según Santos, era experimentar con la mezcla del sonido del piano y del que hacía la joven en cada acto. Estos últimos ejemplos pueden considerarse –bajo un enfoque vanguardista, por supuesto– obras artísticas, pero ¿quién será el ingenuo –por no llamarle de otra forma– que asistirá de nuevo a estos

u otros conciertos de similares características, teniendo en cuenta, para más inri, que encima se ha de pagar entrada? En otras palabras: si asistir a unas representaciones como las aquí descritas ya es una tomadura de pelo, pagar por que te lo tomen, ya es el *súmmum* ¿A dónde pretende llegar este arte con su estúpida y evanescente originalidad radical agotada fugazmente en sí misma?, ¿con qué más nos puede sorprender?, ¿tal vez con el brutal asesinato, previa violación y posterior antropofagitación en directo de un recién nacido desollado vivo por parte de un caníbal sádico en la *performance* de una prestigiosa galería de arte?, y de ser así, ¿luego qué?! ¿Es «razón» suficiente «la provocación radical» para calificar a un objeto de obra de arte? Y si lo fuera, ¿por qué se ha permitido que una idea tan simplista se haya instalado en el mundo del arte como una sanguijuela se adhiere a su víctima? Como dice Alain Finkielkraut en su libro, *La derrota del pensamiento*: «[...] a esta sociedad le da igual un cómic que una novela de Nabokov, un *slogan* publicitario que un poema de René Char, un partido de fútbol que un ballet, o un videoclip que una ópera de Verdi», pero lo peor de todo no es que la mayoría de la sociedad prefiera la cultura fácil, sino que el mundo del «arte»: estetas, creadores e historiadores otorguen el mismo valor a lo rápido y fácil que a lo considerado desde siempre como obras maestras.

Los artes de vanguardia y de transvanguardia son más libres que nunca: no hay normas ni reglas, y en los casos en que las hay, son inventadas por el propio artista de forma completamente caprichosa. El arte contemporáneo se ha quedado sin identidad por falta de normas. La norma es absolutamente necesaria en todas las esferas de la realidad y aunque no quiero entrar en filosofía pura, sólo diré que incluso el caos («confusión y desorden completo») para serlo necesita obligatoriamente de una norma: «no ser ordenado». No se puede fijar una personalidad ni un estilo sin normas, es imposible empezar en la gnomia total y si se intenta, origina confusión y desorientación, las cuales conducen posteriormente al fracaso. La norma ha de ser correctiva, es decir, cambiabile y perfeccionable, pero ha de existir. El arte contemporáneo como el hombre de hoy, se identifican con la libertad, y lo mismo que un ser libre no admite ninguna norma universal, el artista de vanguardia se niega a ser encorsetado o dirigido bajo lo que él cree ser el yugo de las normas. A mi juicio, creo que estamos en un período de desenfreno cultural provocado por las represiones políticas de tiempos pasados, y esto ha dado lugar primeramente a un sentimiento de rechazo absoluto por todo aquello que tiene que ver con lo normativo, pero también, y en segundo lugar, a un miedo terrorífico a ser tachado de poco democrático; tanto es así que criticar abiertamente a la postvanguardia, y a gran parte de las primeras vanguardias, es sinónimo de ignorancia o de fascismo estéticos. Pero Libertad no es hacer lo que a uno le viene en gana (libertinaje), sino hacer lo que uno ha decidido por voluntad propia como aquello mejor posible, una concepción, como vemos, directamente relacionada con el imperativo categórico kantiano: «Actúa siempre como si la máxima de tu acción debiera erigirse en ley universal de la razón». Teniendo en cuenta que artistas sin talento, pero de una desvergüenza extrema, gracias al factor 'suerte' (tan importante en una sociedad donde impera el enchufismo -si se me permite la expresión- y la corrupción de todo tipo) han conseguido hacerse un hueco

en los museos e inmortalizarse en la historia del arte, ¿podemos afirmar que el genuino creador contemporáneo está sacando lo mejor de sí mismo?

La autoridad artística se ha perdido y con ella los valores plásticos: puesto que el creador no tiene unos parámetros determinados con los que regir su trayectoria, ve que todo es relativo, que todo da igual y esto, en vez de conducirlo a la esperada originalidad profunda, le lleva, por el contrario, a la mediocridad o a lo carente de valor. Lo ideal sería asumir unas normas para después alejarse de ellas y ver críticamente si interesa ese modelo aprendido o no, y crearse la propia identidad artística.

Todo ser vivo, y el arte también, tienen un nacimiento, un desarrollo, un apogeo, una decadencia y una muerte. Pienso que el arte no ha muerto todavía –aunque Arthur Danto que es uno de los más prestigiosos estetas de la actualidad sí lo crea pero sí que se encuentra en un estado de total decadencia. No todo el arte de vanguardia es igual, hay movimientos mejores que otros, al igual que creadores más lúcidos y diestros que otros, y tampoco se pueden comparar las primeras vanguardias con el arte transvanguardista de la actualidad. Este último está completamente disgregado (de hecho no hay ni siquiera arte sino artistas con su arte particular). De lo que más alardea el arte contemporáneo es del familiar «yo me lo guiso, yo me lo como», bañándose así en su propio oasis de narcisista necedad: no importa la técnica, ni la consecución, ni los materiales, ni el orden, ni la belleza, ni que la idea se ajuste al resultado, ni siquiera que el público y/o la crítica entiendan la obra artística, de hecho sólo importa que tenga valor para el propio artista (en muchos casos también que sea rentable, pero prefiero no entrar aquí en el mundo del mercado del arte y de su prostitución).

El Arte, el verdadero, necesita un Renacimiento como el que surgió y se desarrolló en los siglos XV y XVI en Italia; el artista tiene que ser una persona sensible, inteligente y culta, eidéticamente caleidoscópica y creativamente poliédrica. Leonardo, Miguel Ángel, Rafael y muchos otros, fueron genios en vida, después de su muerte también y transcurridos quinientos años lo continúan siendo porque la genialidad es evidente, está por encima de las modas y es inmortal. Pero ¿podríamos asegurar que a partir del próximo siglo en adelante, artistas como Piet Mondrian, Henry Matisse, Mark Rothko, Willem de Kooning, los citados al principio de esta conferencia y un larguísimo etc, continuarán siendo considerados genios del siglo XX y alguno de ellos universal, como sucede con Picasso? Francamente creo que no. El trabajo de la mayoría de ellos puede que sea considerado, en un futuro, como un puro ejercicio académico o, a lo sumo, como una trayectoria experimental del Arte cuya finalidad radique en el ponerse a prueba él mismo para averiguar hasta dónde le es posible llegar. Esto no significa que el arte de vanguardia, y sobre todo de post o transvanguardia, no hayan servido para nada o sean indeseables, pues el explorar y descubrir nuestros propios límites ya es una nota positiva muy importante, además este tipo de arte refleja –aunque sea de una forma muy especial– la realidad de una época y tiene gran valor como producto histórico. Con todo, el paso del tiempo demuestra que los grandes períodos vienen después de la decadencia y muerte de otros, porque es ilógico pensar que se den continuos períodos de esplendor, y consecuentemente los declives son necesarios.

Sin lugar a dudas estamos frente al *arte degenerado* del cual hablaban los ideólogos nacionalsocialistas alemanes. Como dijo la creadora que llevó a las pasarelas el arte punk, Vivianne Weswood: «Hitler quemó muchos libros, pero hoy en día no le haría falta porque no lee nadie». Valiéndonos del dictador alemán, diré que tan monstruosa fue la política que llevó a cabo exterminando a millones de personas como aberrante es el arte moderno radical, el cual además de no tener ningún valor en sí mismo –pues es de una simplonidad verdaderamente insultante para cualquier persona con un mínimo de dignidad e inteligencia–, además ha desplazado y destruido: la belleza, la expresión, la técnica y el talento artísticos del bien obrar del genio. *Las once mil vergas* de Guillaume Apollinaire es un libro dónde las prácticas aberrantes y sádicas son tan extremas que más que calificarse de obra pornográfica y sádica podría enmarcarse dentro de la más auténtica psicopatía. Picasso afirmaba que era el mejor libro que había leído nunca, lo cual dice mucho de él, y no precisamente a su favor. Se puede considerar a G. Apollinaire el precursor del surrealismo (desde la literatura) y a Picasso el promotor de muchos movimientos, y aunque cultivó todos los géneros, también es cierto que no creó ninguno; de hecho cuando iba a visitar a sus amigos artistas, ya en París, éstos tenían que esconder sus propias obras para que el ‘genio’ malagueño no se apropiara de ideas que no eran suyas. Pero no considero apropiado insistir aquí en el despreciable arribismo de Picasso, pues no es el tema que nos ocupa. El problema radica en que lo que empezaron Apollinaire, Picasso y otros –tal vez de una forma experimental e incluso marginal– ha degenerado y se ha establecido casi de forma unívoca en el arte de finales del siglo XX.

Que la causa del no gustar del arte contemporáneo sea porque no se le entiende, es un pretexto del cual se han aprovechado durante demasiado tiempo los artistas y estetas que están junto al poder. Lo mismo sucede con el ‘intelectual’ de hoy día, éste en lugar de ser alguien crítico con el entorno que le rodea para hacer de éste un mundo mejor, es un siervo del poder, que con una buena oratoria sólo manifiesta lo que es políticamente correcto en programas y publicaciones de máxima audiencia y tirada, y mínima trascendencia.

Con descalificaciones perfectamente argumentadas sobre algunas artes de vanguardia y transvanguardia podríamos estar mucho tiempo, sin embargo ¿qué armas tienen esos artistas para demostrar que lo que hacen es arte? Yo diría que ninguna otra que no sea el libertinaje de hacer lo que les viene en gana (ellos lo denominan inspiración artística). Pero ¿se da realmente una inspiración de ese tipo? ¿Tenemos que hacer un acto de fe creyendo lo que nos dice el artífice cuando la obra plástica es mediocre o simplemente mala? Y aun así, ¿de qué sirve la inspiración o la buena voluntad si el resultado es nefasto?

A mi modo de ver, el verdadero problema (para un entendido en arte con un mínimo de dignidad e inteligencia –como apuntaba antes–) no radica en que estas formas artísticas existan, o incluso que se consideren, algunas de ellas, obras de arte; el verdadero problema y al mismo tiempo lo asombroso de todo esto es cómo este arte degenerado –en el peor de los casos– y mediocre –en los mejores– ha invadido y exterminado al precedente instaurándose como un caudillo que no deja ni valora nada que no proceda de su régimen. Este gran Dictador está formado por: estetas, críticos,

profesores e historiadores del arte, artistas, galeristas, marchantes y todos y cada uno de los que se mueven en este ámbito/mercado que es el arte contemporáneo.

Creo que merece la pena dedicar ahora un párrafo de esta conferencia a Catherine David (directora artística de *Documenta X* de Kassel, que junto con la de Venecia son las dos muestras de arte contemporáneo más importantes de Europa) puesto que tanto su actitud como su forma de pensar pueden considerarse bastante o muy representativas del panorama artístico contemporáneo. Recientemente en *Mil.lennium* (un programa de TV3) se preguntó a la señora David: ¿cuáles eran los criterios por los que se regía a la hora de seleccionar las obras? siendo su respuesta: «Cada director tiene sus criterios; el de esta *Documenta* es dar la visión más rigurosa posible de la heterogeneidad de las prácticas estéticas contemporáneas en un momento cultural, político y económico como es el de la globalización y el de la mundialización». A mi modo de ver su respuesta no responde (válgame la redundancia) a la pregunta. También se le formuló ¿qué era exactamente un *proceso de dramatización espectacular*? (concepto que ella utilizaba con frecuencia y que nadie lograba entender), su respuesta fue: «[...] se define obra por obra, no en general, no hay elementos definitorios [...]». Sinceramente, si el programa televisivo hubiera sido un examen oral, la señora David, a la que se puede considerar una de las personas más importantes e influyentes en el mundo del arte contemporáneo, se la hubiera suspendido categóricamente por dar unas respuestas tan difusas y por evadir en más de una ocasión las preguntas. Pero lo más 'surrealista' (si se me permite la irónica y artística expresión) de sus intervenciones fue cuando se atrevió a decir: «No me interesa saber qué es arte y qué no, y sí en cambio qué tiene sentido y qué no lo tiene». Me parece realmente preocupante que a la directora de una de las muestras de arte más importantes del mundo no le interese saber qué es arte, que se desentienda del aspecto más genuino de su propio tema. Aunque si somos recelosos ante ese presunto «no me interesa» podremos percatarnos de lo cómoda que es su posición, ya que el no pronunciarse respecto a lo qué es arte y lo qué no, le asegura –tanto ahora como en el futuro– el no ser criticada. Dice «interesarle» el sentido de la obra artística como si el sentido –que es una parte de la obra plástica– lo fuera todo. ¡Cómo se atreve a mutilar el arte de esta manera, a reducirlo a sentido! Si el arte sólo fuera sentido sería filosofía y no arte, pues es el filósofo el que busca el sentido de las cosas. Pero ni siquiera hablaba de este tipo de sentido artístico-trascendental, sino que se refería al sentido político, económico, social... ¡Qué tiene que ver todo eso directamente con el arte, con su esencia!

Como dijo Spinoza en el final de su *Ética*: «Todo lo que es excelente, es también difícil y poco frecuente», y el arte genuinamente contemporáneo si de algo se le puede calificar extramoralmente, es de fácil y vulgar, y esto no es una opinión sino un hecho incontrovertible.